

Sobre *Museo del consumo: archivos de la cultura de masas en Argentina*, de Graciela Montaldo

Carla Actis Caporale
Universidad de Buenos Aires
carla.actis@gmail.com

Reseña de *Museo del consumo: archivos de la cultura de masas en Argentina*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016. 387 pp.



Un museo de papel que propone recorridos entre voces de la Argentina del cambio de siglo del XIX al XX; un archivo que rescata textos olvidados de la época y los cruza con obras canónicas contemporáneas; un libro que construye un archivo y una perspectiva específicos para pensar los inicios de la cultura de masas en Argentina. Todo esto es, simultáneamente, *Museo del consumo*, de Graciela Montaldo.

Cualquier investigación que se proponga indagar en la cultura masiva se encuentra con el problema que representa abordar ese objeto esquivo que son las masas. Eludiendo lugares comunes que frecuentemente las asocian a la cultura popular, Montaldo hace en este punto una de las apuestas más productivas para su trabajo: decide poner en suspenso la idea de que la alta y la baja cultura se vinculan desde la confrontación para permitirse observar las relaciones culturales y políticas que se daban entre diferentes sectores en el cambio de siglo. En este sentido, piensa a las masas como un espacio donde distintos sectores sociales y culturales entran en contacto y entablan relaciones conflictivas. Desde su mirada no son tanto un sujeto colectivo estanco y definitivo como un objeto ambiguo, una zona problemática que exhibe los intercambios y desplazamientos, los vínculos dinámicos que se juegan entre las culturas de ambos sectores.

La cultura masiva que estudia Montaldo, entonces, no es identificable con la cultura popular, que reúne las producciones de los no letrados, ni se diferencia de manera taxativa de la cultura ilustrada, sino que se da en la interacción propia de un proceso de reconfiguración de clases y se caracteriza por la combinación de prácticas y una constante redefinición de límites: entre espectador y productor cultural, entre estética y política, y

entre disciplinas. Entendida de este modo, la masificación de la cultura es el marco en que las fronteras que delimitaban los distintos sectores sociales se vuelven permeables y posibilitan un ida y vuelta de procedimientos, estéticas y recursos que, advierte la autora, es experimentado por la población como temor al contagio, a la contaminación.

El período en que se sitúa la investigación se inicia a fines del siglo XIX. Tiempo de organización del Estado, advenimiento de una inmigración masiva, implementación extendida de políticas de alfabetización y una consecuente recomposición de la esfera social. Se trata, en suma, de décadas signadas por la reconfiguración de límites. A tono con este clima, Montaldo construye de manera simultánea un objeto de estudio y una perspectiva para abordarlo: las nuevas formas de intercambio entre sectores pero también las interrelaciones entre mercado, cultura y espectáculo, y entre la cultura de masas y los campos cultural y político, constituyen aquello que busca entender *Museo del consumo*. Si resulta habitual que la crítica cultural defina sus estudios en torno a artistas, intelectuales y publicaciones o alrededor del devenir de movimientos estéticos y disciplinas, esta vez la mirada asume el desafío de posarse en el terreno fluctuante de las relaciones.

Una investigación que recorre la transitada frontera entre la alta y la baja cultura, que se sitúa en el espacio de encuentro que significa la cultura de masas, reclama la construcción de un archivo a su medida. Uno que incluya a algunos textos del canon de la cultura argentina (escritos de Gálvez, Ingenieros, Martínez Estrada), pero que también aloje otros secundarios dentro del sistema, olvidados por los estudios literarios, históricos y de la sociología cultural. Para reponer las zonas de contacto y conflicto que se producían en la masificación la autora define una zona textual en la que obras consagradas conviven y dialogan con memorias de empresarios y actores de circo, notas tomadas por policías y registros que ciudadanos que no se consideraban escritores tomaron de acontecimientos de la época.

Pero el trabajo con un archivo novedoso como el que compone Montaldo trae consigo dificultades que la autora condensa en una pregunta: “¿Cómo armar, con voces tan diversas, un texto que no terminara confundiendo el testimonio de un nacionalista ultraconservador con el de un socialista?” Y ella misma responde: “Tuve que diferenciarlos, pero también mostrar la plataforma que permitía que todos convivieran y se confundieran, que tuvieran tanto en común”.

Montaldo logra una perspectiva capaz de acompañar el dinamismo propio de su objeto. Signo de ello son la construcción y abordaje de este archivo y también la forma de ordenar la investigación. A modo de ejes organizadores, toma cuatro fenómenos culturales que, lejos de hacer de cada apartado un compartimiento estrictamente delimitado, dialogan, se solapan entre sí, se atraviesan y resignifican en sus sucesivas reapariciones.

Podría decirse que los intercambios que se dan entre los capítulos del libro escenifican, ponen a funcionar la contaminación que la autora señala como propia de la sociedad del cambio de siglo.

Sin ir más lejos, la contaminación es el fenómeno que nuclea el primer capítulo. Allí pone en diálogo dos artefactos culturales que muestran el miedo a los nuevos contactos vividos como contagio: *La caja de Pandora*, del director austríaco G. W. Pabst y diferentes testimonios que dan cuenta de cómo son percibidos los intercambios entre clases que genera la escena del tango. En estas huellas textuales de la masificación de la cultura en Argentina, Montaldo lee un proceso de reconfiguración tanto de clases como de identidades, y ve también un punto de partida para construir un modo de pensar a las masas en tanto relación social marcada por la mezcla. Como material para ello toma también las teorías que —desde Le Bon hasta Didi-Huberman— buscaron caracterizar el fenómeno de masas con enfoques políticos, culturales, médicos y estéticos. En este camino dialoga con los distintos aportes, observa aspectos comunes en las caracterizaciones y circunscribe su trabajo en torno a las masas como problema social, cultural y de consumo.

El segundo capítulo aborda el espectáculo, ámbito de despliegue de las masas por excelencia. Y si lo masivo es espacio para la dilución y redefinición de límites, Montaldo retoma a autores como Benjamin, Adorno y el argentino Roberto Gache para problematizar el modo en que en los espectáculos de variedades y el circo borran las fronteras entre espectadores y espectáculo, enfatizan el artificio y generan situaciones procedimientos novedosos. Más aún, considera que el contacto que tuvieron en estos puntos espectáculo y vanguardias modificó significativamente y en distintos aspectos la cultura moderna: desde el vínculo entre los diferentes públicos hasta las formas de producción.

El espectáculo moderno es, sostiene Montaldo, visual. Se aparta de la centralidad del lenguaje verbal para anclar su efectividad en el color, el movimiento, el impacto. Para indagar en la experiencia argentina se detiene fundamentalmente en dos fenómenos donde el texto cede su centralidad en favor de lo visual: el circo y las conferencias que intelectuales ilustres ofrecieron en Buenos Aires en el cambio del siglo XIX al XX. El momento en que el circo transforma el espectáculo de Moreira de la pantomima a la representación hablada es el mismo en que los intelectuales abandonan el papel para decir sus textos ante el público. El análisis de memorias, estudios y otras publicaciones de la época exhibe a estas formas de la cultura tan difundidas en aquellas décadas como espacios de una convivencia conflictiva de lo escrito con el espectáculo visual, la cultura letrada y la cultura popular. A su vez, muestra la fluidez que, en torno a ellas, tuvieron los intercambios modernos entre cultura, política y consumo.

La reorganización de la vida cultural, social y política trae consigo un despliegue violento que Montaldo estudia en el tercer capítulo de su

libro. Acuña para ello el concepto de “microviolencias”, referente a escenas de violencia que se reenvían unas a otras y que, aunque separadas entre sí, conforman verdaderas puestas en escena de la redefinición de pactos políticos. Delinea un recorrido según el cual la violencia que se suponía propia de los sectores bajos migra, mediante prácticas culturales como el tango, a las clases altas, que acaban por institucionalizarla como violencia de Estado, vuelta contra obreros, anarquista, judíos e inmigrantes. Del tango como lugar privilegiado para la violencia a un tango como producto industrial que dejó las prácticas violentas para la política. Así, lee testimonios, notas periodísticas y fragmentos de textos canónicos que hablan de un ida y vuelta mimético entre compadritos violentos y “niños bien”, de la irrupción de las indiadadas y patotas en el espacio público y de la constitución de Ligas como primeras fuerzas represoras por fuera del marco del Estado. La actuación más notoria de estos cuerpos represivos fue durante la Semana Trágica, cuyos sucesos y registros Montaldo analiza pormenorizadamente.

En el último capítulo la masa cobra volumen. El foco aquí está puesto, por un lado, en cómo el problema del número de habitantes cifra modos de entender fenómenos sociales, estéticos y políticos. Si ante una población cada vez más numerosa el Estado construyó un archivo oficial, también se constituyeron otros archivos, aquellos de lo efímero, lo cotidiano, que son puestos en valor y brevemente recuperados. Por otro lado, se concentra en la manera en que esta cantidad creciente de ciudadanos modela formas de consumo atravesadas por la estética. Si la ciudad, sus objetos y sus prácticas se estetizan, Montaldo observa los vínculos entre la alta y la baja culturas en los límites del buen y el mal gusto y sus desplazamientos. En los relatos acerca de las cuidadas vestimentas de dandis y compadritos es donde traza estos movimientos. En un contexto moderno de desplazamiento de las fronteras, en que el monopolio de la estética se encontraba disuelto, surgen nuevas referencias para medir el gusto, ligadas a la exageración y la imitación.

La contaminación, el espectáculo, las microviolencias y el mal gusto. Tópicos cuyas fronteras son tan permeables y flexibles como lo requieren el objeto de estudio y el archivo que construye Montaldo. Transitar los diferentes itinerarios que propone este museo recompone de manera vívida y dinámica ante los ojos del lector las relaciones que tramaban los inicios de la cultura de masas en Argentina.